

Popular Film



SUMARIO:

La fama de Raquel Meller es mundial (editorial). — CRÓNICA DE PARÍS: ¿Cuál es el estado actual de la cinematografía francesa?, por *Jean Desjardins*. — CRÓNICA DE MADRID: La apuesta, por *Sábelo todo*. Poetas de hoy: Emilio Carrère, por *Mateo Santos*. — EL RETABLO DE MAESE PEDRO: Teatro clásico comparado, por *Martínez de Ribera*. — Biscot nos refiere su vida. — PÁGINA MUSICAL: The Girls, fox-trot del maestro *F. Escofet*. — FRENTE A LA PANTALLA: Opiniones de *Roland Dorgelès* sobre el cine. Orquestación de las imágenes. Escenarió y decoración, por *Electron*. — LA MODA EN EL CINE: De la danza de *Salomé* al charleston, pasando por los sevillanos, la jota y la sardana. — MUSEO FOTOGRÁFICO: Retrato de *Santiago Rusiñol*. — PELE-MELÉ: Homenaje a *Vidal y Planas*. Joy - Joy. La escena muda. — ARGUMENTO DE LA SEMANA: Los cómplices de los hijos, por *Mistres Wallace Reid*.

ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES,

S. A.

Drogas
Productos Químicos
y Farmacéuticos

Central:
Paseo de la Industria, 14
Teléfono 1408 A

Sucursales:
Plaza de la Universidad, 8
Teléfono 1406 A

Ronda San Antonio, 1 y Urgel, 2
Teléfono 2425 A

Paseo de Gracia, 132 y Salmerón, 2
Teléfono 1487 G

B A R C E L O N A

Gerente: Isidro Bultó Casanovas

Administrador y Apoderado: J. Olivet Vives

Director técnico y Apoderado: S. Torres Benet

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: Mateo Santos

Redactor jefe: Martínez de Ribera

Director musical: Maestro G. Faura

12 DE AGOSTO DE 1926

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.

Delegado: Domingo Romero

Director: Luis Gómez Mesa

La fama de Raquel Meller es mundial



Raquel Meller

En el fondo de tus ojos inquietantes
Enigmáticos y altivos
Como en dos diamantes vivos
Se persiguen los cambiantes.
De la eterna armonía sideral.
Ni en la calma
Nada tan emocional,
No ha logrado ver mi alma
Luz intensa, triste, inquieta
—Martirizante saeta,
Señora de la emoción—
¡Cuántas veces asustado
La he sentido o la he soñado
Clavada en mi corazón!

MARTINEZ DE RIBERA

Ninguna artista española, sin exceptuar a Tórtola Valencia, la maravillosa intérprete de la danza, ha conquistado fuera de España un renombre tan universal como Raquel Meller.

Ella y la inolvidable Fornarina han sido las únicas artistas nacionales que han dado categoría en el extranjero al cuplé español. Y hay que confesar que el cuplé español, por lo que se refiere a la letra, no ha tenido nunca la gracia ni la finura de la canción italiana, ni de la canción francesa. Es ahora cuando empiezan a dedicarse al cuplé algunos de nuestros poetas de segundo orden, que lo colocarán a la par de lo que se canta en los tablados de variedades en el extranjero.

A pesar de la exquisitez de su arte como cancionista, Raquel Meller no habría universalizado su fama a no dedicarse al cinematógrafo, como «estrella». Ningún arte como el séptimo, o mudo, sirve tan bien de propaganda a un nombre, porque ninguno tampoco puede presentar al mismo individuo ante el público de mil lugares distintos del planeta.

A Raquel la presentó en la pantalla el «metteur en scène», francés, Henry Roussell. Su interpretación como protagonista de «Violetas Imperiales» fué un éxito.

Posteriormente Raquel Meller ha figurado en otras películas, que subrayarán su personalidad como «estrella» de la pantalla. Su creación en «Carmen», dirigida por Jacques Feyder y filmada por cuenta de la Albatros, la coloca a la altura artística de una Norma Talmadge, de una Mary Pickford y de una Gloria Swanson.

Raquel ha estado unas horas en Barcelona, la ciudad de sus primeros triunfos. Pero antes de realizar este viaje fugaz, hizo en el Teatro Baltimore, de Los Angeles, dos exhibiciones como cancionista, logrando un éxito rotundo.

Para estas dos representaciones se pagaron las butacas a diez y quince dólares. Asistieron a las exhibiciones de Raquel todas las «estrellas» y «metteurs en scène» de Hollywood, incluso Charles Chaplin, que hará el escenario y dirigirá una película de la «Famous Players Lasky» de la que nuestra genial paisana será la protagonista.

El nombre de Raquel se ha extendido ya por todos los rincones del mundo, unido al de España, que si dió grandes aventureros, dió también en todas las épocas eminentes artistas.

CRÓNICA DE PARÍS

¿Cuál es el estado actual de la cinematografía francesa?

¿Cómo se ha de orientar esta cinematografía y cómo se han de modificar sus actuales métodos de trabajo?

Bajo estos epígrafes, «Mon Ciné» abre una encuesta, cuyo espíritu queremos recoger en esta crónica, por el interés que encierra para todos los amantes del arte mudo:

Pierre Desclaux, autor del artículo inicial de esta *enquête*, hace en él varias afirmaciones inteligentes: A saber: Que desde algunos años después de la gran guerra el séptimo arte se está desarrollando con una rapidez apenas prevista.

Que el cinematógrafo no ha salido aún de su infancia. «Es como un buen muchacho — dice Desclaux — que ha menester de cuidados y al que nosotros hemos desatendido un poco a causa de la guerra».

Que por este motivo, Norteamérica se adelantó a realizar los progresos técnicos que las casa productoras francesas no podían acometer, por varias razones de diversa índole, como son: durante la guerra, el estar sobre las armas los artistas, los operadores y los *metteurs en scène* franceses, y, firmado el armisticio, la difícil situación económica creada a Francia por la epopéyica contienda y que la privó de los recursos materiales necesarios, colocándola *a priori* en manifiesto estado de inferioridad.

Que la cinematografía francesa está enferma de cuidado, pero no muerta, por lo que no hay que desesperar de salvarla, disponiendo de los excelentes elementos de resistencia que Francia dispone.

Y que Francia es superior a todos los pueblos en materia artística.

Hasta aquí los puntos fundamentales en que Pierre Desclaux asienta su interesante artículo de «Mon Ciné».

Aunque amamos a Francia tanto como cualquiera de sus hijos, no podemos apasionarnos hasta el punto de afirmar categóricamente, como Pierre Desclaux lo hace, que sin la guerra nuestra cinematografía sería actualmente superior a la de todos los demás países.

Al decir esto, parece ignorar el articulista de «Mon Ciné» la existencia de Norteamérica y de Alemania, de la primera sobre todo.

En Norteamérica la industria cinematográfica ocupa el tercer lugar en importancia, cosa que en Francia, sin la etapa de la guerra, no podía ser por muchas razones.

El capital francés no ha tenido nunca

la audacia del norteamericano para emprender negocios y menos de la índole del cinematográfico. Por otra parte, los directores yankis — David Griffith, Rex Ingram, Cecil B. de Mille, etc. — tienen una visión más amplia que los franceses para montar los escenarios. Acaso tengamos nosotros mejores argumentistas, pero no *metteurs en scène*, ni artistas de cine que puedan superar a los norteamericanos.

Asegurar que Francia es superior a todos los pueblos en materia artística, es otra exageración, existiendo en el mundo, como existen, Rusia, Inglaterra, Alemania, Italia, España y Portugal. Cada pueblo tiene sus artistas y escritores más o menos conocidos fuera de su patria — esto depende de causas diversas y no está en relación con su mérito —; pero tan buenos como cualesquiera otros, dentro del ambiente en que desenvuelven su arte, que en no todos los países es tan propicio como en Francia, y esto es sin duda lo que ha inspirado las palabras de Pierre Desclaux.

Y aún en esto se da el caso de que ninguno de los tres novelistas más famosos del mundo — Wells, Kipling, Blasco Ibáñez —, son franceses.

Pero no me propongo entablar una polémica, más inoportuna que nunca en las actuales circunstancias, sino tratar de impedir que se alucinen nuestros cinematografistas con la creencia de que somos superiores en todo a los demás, y no atinen, por exceso de orgullo, a encontrar el remedio que necesita para salvarse la cinematografía francesa.

Tengan esto en cuenta los que respondan a la *enquête* de «Mon Ciné».

JEAN DESJARDINS

Estrenos de la Semana

Kid Billy, Rey de Paddock (Film Universal)

Esta serie en seis episodios apasionará a todos los amantes de la aventura. Es este film, tanto cómico como dramático, la historia de Billy Starke y de Jim Caspet durante su estancia en Part-a-Deux, donde la profesión principal consiste en apostar en las carreras, profesión que sin duda está llena de peligros y vicisitudes. Entre dos apuestas, Billy encuentra el modo de enamorarse de una en-

cantadora danzarina, la morena Dolly, a la cual logra arrebatar de las garras de un individuo poco recomendable, evitándola este molesto estorbo y castigando al miserable que la deshonra. He aquí las aventuras que llenan copiosamente los seis episodios, durante cuyo curso Billy Sullivan, el rey de Paddock, muestra su buen humor, su comunicativa alegría y su coraje a la par que todas aquellas cualidades que son necesarias a los héroes de esta clase de films.

El hábito hace al monje (Universal Film)

Con un escenario, por decirlo así, insignificante, he aquí una comedia de más de 2,000 metros, agradableísima y a veces alegre y divertida.

Tom Skinner, es cajero de la casa Clarke y Clarke. Su esposa le obliga a exigir un ascenso, siendo desatendido en su petición.

Tom no osa desengañar a su esposa, que se halla persuadida de que fué bien acogida la petición de su esposo. Esto trae consigo locos gastos de su esposa que son una tremenda carga para Tom. Después de numerosas y regocijantes aventuras, Tom trama conocimiento con un comendatario de la casa Clark que viene de rescindir su contrato, interviniendo poderoso y titulándose amigo de los directores de la casa, con lo cual consigue que el millonario le crea hombre avisado y útil y se asocie con él. Reginald Deny tiene la ocasión, en este film, de mostrar sus excelentes cualidades y los progresos realizados en el arte de la pantalla.

Nítchevo (Paramount)

Uno de los films más completos de M. Jacques de Baroncelli, interesante «realisateur» que tantos éxitos cuenta en su activo, es el que lleva el nombre que encabeza estas líneas.

El minente director escénico de la Paramount es un enamorado del mar, y nos lo prueba una vez más con «Nítchevo», drama emocionante, casi angustioso y profundamente humano.

conducta de su esposa no es nada irreprochable, esposa y cree que le engaña, pues encuentra extraños los conciliábulos singulares que celebra con Hervé de Kergoet, su segundo. Estos y otros hechos le hacen creer que la conducta de su esposa no es nada irreprochable. El drama es inminente. Una catástrofe le precipita. «L'Atlante», el submarino del capitán Cartier es perseguido por un buque que se dedica al contrabando de armas. Su salvación es problemática. La tripulación se prepara estoicamente a morir. El capitán Cartier, en este minuto supremo, quiere saber si su esposa es digna de su último pensamiento, y como vió que una carta de Sonia había sido remitida antes de partir, a Hervé de Kergoet, exige a su segundo que se la muestre, el cual no quiere revelar un secreto que no le pertenece, afirmando a su capitán que Sonia es, ante todo, digna de ser por él querida y respetada. Después de numerosas horas de angustia «L'Atlante» se salva y todo termina a la americana, es decir, con satisfacción general. La interpretación es de una sobriedad y de una homogeneidad que no suele encontrarse en los films franceses.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, 2'50 pesetas trimestre

::

Extranjero, 15 pesetas año

::

Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

Popular Film

CRÓNICA DE MADRID

La apuesta

—¡ Eh ! ¡ «Sábelotodo» !, ¿ dónde se van tan deprisa ?

—Donde a usted no le importa, estuve por contestar al indiscreto amigo ; mas como no es este mundo de los malhumorados, ni de los impulsivos, ni de los sinceros, sino de los farsantes e hipócritas, adopté una actitud muy amable, me sonreí más afablemente todavía y con insospechada llaneza, de la que se extrañó sobremediana mi rudeza natural, dije :

—¿ Dónde quiere usted que se vaya, amigo ? A refrescar, no puede ser a otro menester con este calor. Pero, ¿ ha visto usted que calor, o más propiamente, ha sentido usted más calor en su vida ?

—Sí, en Sevilla el año pasado.

Mi estómago enfermo me volvió a tentar y si las frases molestas — ¡ Se le ocurre a usted cada tontería, amigo ! ¿ A qué citarme el Sur, cuando le consta que en esta asfixiante época es el Norte — San Sebastián, Santander, Coruña — el lugar indicado para descansar de los trajes cortosanos ? —, no salieron del pensamiento, fué debido, sin duda, a un enorme esfuerzo de voluntad. A veces, por muy mal genio que se tenga, es preciso disimularlo : no conviene adquirir fama de cascarrabias, en especial si se es joven y crítico. ¡ Oh, sería espantoso para mí sentar plaza de lo que no soy ! ¿ Qué concepto formarían de mi seriedad, no obstante el presuntuoso nombre con que se me bautizó en la república de las letras, los maestros que me iniciaron en el difícil arte de vivir sin luchar : dando la razón a todos y engañándose a uno mismo ?

Mientras así cavilaba yo, mi amigo se sentó en cómoda butaca de mimbre y enfrentito de atrayente velador. Le imité por no ser menos, y tras procurar que nos sirviesen helado, murmuré indiferente :

—¿ Conqué en Sevilla el año pasado ? ¡ Ya, ya, ya ! Buen punto está usted hecho. Y qué, ¿ se sudó mucho ?

—Ni me acuerdo. Lo desagradable cuando antes se olvidaba, mejor.

—¡ Bonita teoría ! Ahora que para realizarla es necesario sujetar la memoria.

—¡ Hombre !, a propósito de memoria. Usted que, por lo visto, presume de ser el Menéndez Pelayo del cine (confieso que me costó gran trabajo dominarme y dejar que mi impertinente interlocutor acabara en paz su mortificante discursito, sin bruscas interrupciones por mi parte), ¿ qué se apuesta a que yo sé más noticias cinéticas que usted ?

—Lo que guste. Mil pesetas, ¿ vale ?

—¡ Caray ! ¿ Le tocó la lotería, por casualidad ? Porque de otro modo no me explico cómo dispone usted de esa exorbitante cantidad. Pero, en fin, ya que es usted tan valiente, juguémonos una cena. ¿ Aceptado ?

—Aceptado y encantado. En el supuesto de que usted me coge la palabra y gana, ¿ cómo demonios le pago la deuda ? ¡ Mil pesetas ! Pues no es nada que digamos. ¡ Mil pesetas !

—Cambie de disco, amigo, que me mareo al oírlo. ¡ Mil pesetas ! ¡ ¡ Mil pesetas ! !...

POETAS DE HOY

Emilio Carrère

*De los hombros prendida, la castiza pañosa
cuna bien con el halo enorme del sombrero.
Luce recio mostacho. Parece un mosquetero
que se asoma a este siglo del soviet y la prosa.*

*Cómico de la legua, de ciudad en ciudad
iba urdiendo sus farsas. Por Julia, Calderón
— encendían sus negros ojos la tentación —
húsped fué en los mesones de la casualidad.*

*El dolor de llegar afiló su humorismo ;
pero pone al frasco la flor de su lirismo
y colma con su verso la copa de Verlaine.
En el verbo sensual a Risa Loca inicia,
y mientras lo conjugan, en la hora propicia,
el pájaro de Ióe le hunde el pico en la sien.*

MATEO SANTOS

—¡ Mil pesetas !

—¡ Mil pesetas !

—¿ Qué sucede, señores ? ¿ Se les contagié la locura del oro ?

—¡ Hola, chico ! ¿ Qué hay ?

—Eso pregunto yo : que qué es eso de las mil pesetas.

—Nada, sueños.

—¡ Pobretes ! ¡ El dinero, siempre el dinero, como el señor Polichinela y Pantalón !

—¡ Calla o te tiro algo.

—No te sulfures, hombre, me marcho. ¡ Abur !

—No, eso no ; quédate, que nos haces falta. Mira : este señor y yo nos hemos apostado una cena — de la cual participará tú, claro es —, que pagará el que menos noticias cinematográficas conozca...

—Basta, ni una palabra más. Comprendido. Seré juez de esa contienda. ¿ Quién empieza ?

—Usted.

—No, usted.

—Bueno, pues yo. Apunte, amigo. Primera noticia : Josefina Díaz y Santiago Artigas, encarnarán los principales papeles de « El bandido de la sierra ». Segunda : María Luz Callejo, Emilio Mesejo y Modesto Rivas, los secundarán. Tercera : José Beltrán y Angel del Río se encargarán de la fotografía, y Eusebio Fernández-Ardavín de la dirección. Cuarta...

—Protesto. Esas tres noticias es una sola.

—¡ Eh ! ¿ Qué dices, innovador del universo ? ¿ Qué tres es uno ? ¡ Menudo revuelo se armaría si se demostrase su veracidad !

—Guardaos las bromas para otra ocasión. Esas tres noticias se refieren a la misma película y eso no es admisible. Más variedad, más variedad de títulos.

—Sea : Erna Becker, Faustino Breña y Javier Rivera, crearán la adaptación muda de la obra de Molière, y arreglada por nuestro Moratín, « El médico a palos ». La mayoría de los exteriores de « Luis Candelas » se « rodaron » en Guadarrama. La Cinematográfica Raza filmará en breve la bella leyenda de Espronceda « El estudiante de Salamanca ». Una entidad hispanoalemana llevará a la pantalla « Los cuatro Robinsones », de Muñoz Seca y García Álvarez. « El pilluelo de Madrid », que prepara Florián Rey, reunirá en su reparto a Elisa Ruiz, Pitufín, Floria Rossini, Manuel Montenegro y Ricardo Nuez. Pronto comenzará Agustín Carrasco « El tonto de Lagartera »...

—Me declaro vencido. Reconozco que no sabía más noticias que esas, que son casi del dominio público. Perdí la apuesta.

—¡ Huy, huy ! El « Sábelotodo » derrotado por un aficionado ignoranton. Me parece que va a tener usted que confirmarse : ese nombre no le cuaja.

Los nervios se me pusieron de nuevo de punta. Sin embargo, no me di por aludido y me despedí cariñosísimo y risueñísimo del triunfador y del árbitro. Y es que ciertos días, por más que nos creamos insoportables, resultamos muy tratables, muy simpáticos y muy asequibles a figurar entre los mejores intérpretes de la continua comedia humana.

SÁBELOTODO

CARTELES DE CINE

MANUFACTURA GENERAL DE IMPRESOS - LITOGRAFÍA

REPRODUCCIONES DE
ARTE - CATÁLOGOS
CROMOS - FACTURAS

PAPEL DE CARTAS - TARJETAS
Y DEMÁS TRABAJOS
BAJOS COMERCIALES

R. FOLCH

Villarreal, 223 - París, 130
BARCELONA

El retablo de maese Pedro

TEATRO CLÁSICO COMPARADO

Poesía castellana - Teatro poético clásico

I

Podemos señalar, sin temor a equivocarnos, que los primeros balbuceos poéticos de nuestro idioma, comenzaron a florecer a principios del siglo XI, no cristalizando en formas poéticas, hasta final del XII y principios del XIII, en los que se precisan aún indefinidos uno de los primeros autos sacramentales, «Los reyes magos» — debido al estro en ciernes de un trovador anónimo — y el poema heroico castellano—Mío Cid—achacado a Abad.

Francia e Italia forjaron sus idiomas, de raíces menos heterogéneas, con anterioridad, dando vida, la primera, a los libros de caballería feudal y a las traducciones de las fábulas indias acomodadas a su latina percepción y creando sobre ellas los cuentos picares de alegría punzante y subido sabor, que sus juglares propagaron por todos los países latinos; la segunda — Italia—, imbuída de las ideas francesas, las aceptó mucho antes que Castilla y las fundió con la poesía griega y latina, entonces en boga en toda la península italiana. No podía España en aquella época colocar a su idioma en este paralelo, pues si bien su educación guerrera era más intensa, esto mismo fué causa de que su idioma no se hubiese purificado y conservase la primitiva rudeza.

Las figuras de dición y retóricas no habían aún intervenido con su mano sedosa, que más tarde había de labrar la flexibilidad de este idioma, si no el más eufónico, por lo menos el más rico de todos los europeos. No tardó mucho, empero, nuestro idioma en limar su peculiar dureza y adquirir completa maduración. Al comenzar el siglo XVI bien pode-

mos observar el progreso de nuestro idioma, que florece purísimo y sonoro, haciendo resurgir las mil bellezas de la poesía clásica española que culmina en Tirso, Lope, Argensola, Góngora, San Juan de la Cruz, para alcanzar su máxima belleza al amparo del sublime ingenio de Calderón de la Barca.

España, que hasta entonces había vivido en literatura como extravasada del movimiento intelectual, no había producido un verdadero filósofo ni un genio de altura capaz de colocarse a la cabeza de una escuela literaria; pero era tan atrayente aquella generación de poetas, que bien se puede perdonar la falta de un genio por la calidad de los famosos ingenios que hicieron resurgir de las hoscas tinieblas de la Edad Media la luz esplendorosa que ilumina nuestra poesía clásica, y que se traduce en vigorosos versos, delicados dramas caballerescos y profundos, que hoy enorgullecen nuestra literatura pasada, haciéndonos olvidar las escuelas extranjeras con las que se codearon en su día.

Sólo un representante de la literatura clásica extranjera puede en algunos momentos elevarse sobre nuestros dramaturgos del siglo de oro: Shakespeare. No anula, sin embargo, esta colosal figura a todos los poetas españoles antes citados, pues bien podemos parangonar su teatro con el de nuestro Calderón, en el que si no viven ideas cumbres tan extraordinarias, alientan caracteres tan fuertemente emotivos y viven formas más perfectas que aquellas en que se traduce el estro poético del gran dramaturgo inglés. Frente a «Hamlet», «Otelo», «Macbeth» y «El rey Lear», obras cumbres de la literatura inglesa, se levantan majestuosas «La vida es sueño», «El mayor monstruo, los celos», «La dama duende» y «El alcalde de Zalamea», productos culminantes del teatro poético castellano.

Shakespeare es el dramaturgo de la idea amante de la verdad; es el genio de la literatura inglesa, puro y bien definido por su obra eterna. Calderón de la Barca, sin llegar a la alta concreción espiritual de Shakespeare, posee, en cambio, el genio de la inspiración. Las obras del primero son en algunos momentos

verdaderos tratados filosóficos. La filosofía del segundo es la literatura. El amor a la verdad en aquél, es en éste amor a lo bello y a lo sublime, y el anhelo de perfección del inglés, lo traduce el español por ansia infinita de sensaciones y deseo voraz de gozar lo sentido. En Shakespeare tiene más valor su pensamiento que su obra; en Calderón vale más la obra que el pensamiento. El uno tenía más de pensador que de poeta; el otro tenía más de poeta que de pensador, lo cual es consecuencia lógica del idioma de que se sirvieron para expresar sus pensamientos.

El idioma inglés es duro, poco eufónico, y uno de los idiomas europeos más pobres; su gramática es menos compleja que la nuestra, y carece de una sintaxis figurada tan amplia como la de la gramática española. No podía, pues, más que sujetar su inspiración al dique infranqueable de su pétrea fonética y a la pobreza de este idioma rudo y gutural (1). En cambio, Calderón tenía en su abono la sonoridad de un idioma, quizá el más rico de los de flexión, cuya dulzura y perfección había llegado a la cumbre, y cuya flexibilidad le permite pasar sin esfuerzo desde el lirismo patético a la brusca intensidad del momento trágico. Además, es muy lógico achacar sus opuestas personalidades — afines solamente en algún momento dramático — al contraste racial que influye en Shakespeare con el peso plomo de un cielo gris, y en Calderón con el esplendor de un sol todo lumbre y oro, y con el sedimento que en nuestros caracteres almacenaron siete siglos de orientalismo, que nos hace más apto para el cultivo de las vagarosas musas que para la producción de las positivas artes.

MARTÍNEZ DE RIBERA

(1) Shakespeare empleó en toda su obra 5,000 palabras; Milton 4,000; Calderón 8,000, y Cervantes 14,000.



Shakespeare



Calderón de la Barca

Popular Film

le informará a usted
semanalmente de todas
las novedades cinema-
tográficas del mundo.



La notable actriz Maria Vila que se presenta esta noche en Eldorado

Temporada de teatro catalán en Eldorado

Hoy comienza en Eldorado la temporada de teatro catalán.

María Vila y Pío Daví, figuran a la cabeza del cartel y esto ya es una sólida garantía de que la campaña de Eldorado será beneficiosa para el teatro catalán.

La formación artística Vila-Daví, se presenta con el estreno de «Muntanyes del Canigó», de Alfonso Roure, que figura en primera fila entre los jóvenes dramaturgos de Cataluña.

A este estreno seguirán otros de Puig y Ferrater, Amichatis, Puig y Pagés y otros.

Alentamos la legítima esperanza de que la compañía Vila-Daví velará por el prestigio del arte dramático catalán más escrupulosamente que se viene haciendo en las últimas temporadas del Romea.

Bernard Shaw elogia al Gobierno alemán y censura al inglés

Con motivo de su cumpleaños, Bernard Shaw ha recibido muchas felicitaciones de Alemania. Entre ellas figura una muy expresiva y entusiasta de Stresemann, ministro de Negocios Extranjeros del Reich.

El gran dramaturgo inglés, ha correspondido a estas muestras de adhesión del pueblo alemán, con estas palabras:

«De la única manera oficial que el Gobierno inglés ha celebrado los setenta años de mi edad ha sido ordenando la interdicción de la transmisión por radio de las palabras que yo hubiera dicho con motivo de mi aniversario. El contraste entre la actitud del Gobierno inglés y la del alemán es patente. Yo debo a mi país la reputación de individuo peligroso e indigno; a Alemania, el haber sido reconocido en Europa como pensador y poeta dramático.»

La evolución del teatro, según Ignacio Iglesias

Preguntado por un periodista el ilustre dramaturgo Ignacio Iglesias, qué opina de la evolución del teatro, respondió:

«—Que es una exigencia de los tiempos, y

Lithinés D. Gustin La mejor agua de mesa

que la evolución tiende al teatro sintético. Creo que la vida actual lleva a la brevedad en las producciones teatrales. Como es un hecho real que aunque las gentes terminan sus tareas más temprano que antes, van al teatro más tarde que nunca, es preciso que no constituya un retraimiento el pensar que habiendo perdido un acto ya no se enterarán del asunto o lo entenderán de modo deficiente.

Para ello llegará día en que cada acto será una obra; una acción que empiece y acabe. En el cine, aunque se llegue tarde o se esté poco rato, siempre se ve el desarrollo de una acción.

Además, podríamos decir que hoy día la literatura molesta. Muchísimos espectadores, más que a las galanuras literarias, atienden al desarrollo del asunto de una obra teatral, y por lo tanto cuanto más concisa y sobria sea ésta, mejor.»

Las comedias hechas a medida y la gracia de Ortas

Casimiro Ortas nos ha dado a conocer, durante su pasada campaña en Eldorado, varias astrakanadas. A este seudo género teatral no se le puede pedir más que una cosa: gracia gorda. Lo mismo hay que pedirles a sus seudo intérpretes. ¿La han tenido las astrakanadas de Eldorado y su seudo intérprete Ortas? Esto es lo que vamos a ver.

A Casimiro Ortas, como a otros muchos actores españoles, le hacen las comedias a medida. Igual que los trajes. Un ironista diría que Ortas, tan voluminoso, no puede usar trajes, ni representar obras más que hechas a medida. Los trajes hechos y las obras hechas, sin tomarle a él la medida, no pueden caerle bien.

Con esto bastaría para deducir que Casimiro — ¡qué modo de escarnecer los diminutivos! — no es elegante ni buen artista.



Escena del segundo acto de «El veneno del tango»



El ilustre actor Pío Daví que debuta esta noche en Eldorado

Pero por si a sus admiradores no les convence esta deducción, razonemos un poco, aunque sospechamos que será igualmente inútil.

Con obras a medida y todo, Ortas no luce en escena como artista. Ni por el gesto, ni por el ademán, ni por la manera de decir sus parlamentos, Casimiro Ortas es un actor. Pero tampoco es un payaso como no sea de barracón de feria. Le falta vis cómica para ello, gracia nativa.

Actores cómicos, y enormes, lo son Bonafé, Zorrilla, Simó Raso — éste también lo es dramático, y bueno —, Pepe Santpere, Pepe Alfonso y algunos más.

Entonces — se nos preguntará — ¿qué es Casimiro Ortas?

Pues Casimiro Ortas — respondemos — es un hombre tan excesivamente grueso, que su presencia en escena, bajo un traje muy cenido y corto, provoca la risa en los espectadores ingenuos o de poco cacumen.

Y nada más que esto es Casimiro, con permiso de sus admiradores.

Saloncillo

José María Granada anda buscando otro niño de oro. Y no lo encuentra ni siquiera de cobre.

Ahora no hay más que «Soleá»... en los teatros en que él estrena.

Se asegura que don José María Folch y Torres se decide de veras a ser comediógrafo. ¡Ya era hora! Porque hasta este momento no lo ha sido. A pesar de sus comedias.

Nos informan de que el gran Pedro Nimio está escribiendo una opereta a la que pondrá por título «Ha salido la luna». Y de que esta obra se la saca de su calva cabeza.

¿Habrán querido hacer un chiste de mala ley?

Nuestro compañero de redacción Martínez de Ribera, ha comenzado a escribir un drama romántico que se titulará «Roger de Flor». Promete tenerlo listo a finales de año. No lo creemos. Martínez de Ribera acabará su drama por los días en que se terminen las obras de la Plaza de Cataluña.

Ya lo verán ustedes si viven para entonces.

El día que el cinematógrafo tenga un Shakespeare, el teatro corre el riesgo de perecer. Así dice Max Reinhardt.

En el periódico francés *Comœdia*, Max Reinhardt, indiscutible maestro de técnicos de la *mise en scène*, en la Europa Central, enumera las causas que en su opinión amenazan al arte teatral. He aquí cómo las razona:

«El cine ha hecho grandes estragos en Viena. Desde hace varios años, el arte mudo acapara las mejores fuerzas artísticas, pagando primas que convierten en ilusorios todos los esfuerzos que realizan los directores de teatro más famosos, por conservar intactas sus compañías.»

Este desmembramiento de las compañías teatrales, lleva aneja la imposibilidad de poner en escena obras de gran espectáculo, por falta de «estrellas» y de organizar largas *tour-nées*. Esto, desde el punto de vista técnico. Pero Max Reinhardt, tiene otro punto de vista, más sensible aún: el artístico.

«En estos últimos tiempos—dice—la coincidencia entre el cine y el teatro, desde el punto de vista artístico, es nula. Más he aquí, que poco a poco, la industria cinematográfica ha producido obras maestras. En lo sucesivo, al arte de la pantalla, no le faltará más que un gran poeta. Si un día viniera al mundo un Shakespeare del cinematógrafo, el teatro, en su forma actual, acaso feneciera.»

Estas palabras, dichas por un hombre de la autoridad de Max Reinhardt, merecen ser retenidas y meditadas, porque plantean graves problemas. Uno de ellos de orden material, otro de orden artístico.

Sin embargo, Max Reinhardt se muestra, a nuestro juicio, demasiado pesimista en esta cuestión. El cinematógrafo no arruinará al teatro ni como industria ni como arte. Pero es muy posible que lo transforme, en un sentido de mejoramiento. Porque si el cine abarca más horizonte que el teatro y ofrece más amplias perspectivas, el teatro dispone del vehículo de oro de la palabra y puede aportar más emoción al espíritu y más ideas al cerebro, que es su misión, diríamos que sagrada, aunque no la cumple ni lleva trazas de hacerlo por ahora.

Biscot nos refiere su vida

El 13 de septiembre de 1889, a las nueve de la mañana, mi padre supo de labios de una sabia mujer de Montrouge, que «era niño». Acababa yo de hacer mi entrada en la escena del Universo.

No busquéis — sería en vano — este advenimiento en los diarios, que no por eso deja de ser una realidad desde hace treinta y siete años. ¡Cómo pasa el tiempo!

Si yo hubiese querido rejuvenecerme, solamente os hubiera evocado el nacimiento de Biscot ocurrido allá por el 1904.

Mi nombre es Georges Bauzac que, como os decía, vió la luz el 1889 y, por tanto, es mucho más viejo que «Biscot».

Yo os iré explicando esto que a primera vista parece un lío; pero que no lo es, como veréis, si continuáis dando sobre mi vida un paseito retrospectivo.

No me preguntéis lo que durante los seis primeros años de mi existencia me ocurrió: no os lo podría decir, porque yacen aquellos mis primeros años bajo la

POPULAR FILM

es la revista cinematográfica y de teatros que por su esmerada presentación y por su calidad literaria, debe leer V. siempre.

losa helada del olvido. No me sucedió lo mismo con los años que vinieron más tarde, los cuales están bien grabados en mi memoria. Veréis.

Mi padre me ha echado en medio del Sena, en el puente Bineau. No con la intención de desembarazarse, ni muchísimo menos, sino para que aprenda a nadar. Él nadaba como un pez, y comprenderéis — cuando os diga que estaba en su trescientos salvamento — que no me hubiese dejado morir en medio del oleaje. Al terminar la semana sabía nadar admirablemente.

Habitábamos entonces en la isla Grande fatte, donde mis padres tenían un comercio al lado del que se encontraba el de los señores Pinel, cuya hija primogénita, que no contaba más que con tres o cuatro primaveras, era una preciosa criatura, por la cual me lanzaba yo a un estanque donde M. Espinel criaba peces rojos, seguro de su admiración sincera. A nosotros, este deporte nos interesaba muchísimo; pero sin duda al señor Espinel no le gustaba tanto, pues sobradamente se lo probó su furor a mis pobres orejas, doloridas, las cuales no se preocupaban de si espantaban o no sus peces o de si me había olvidado el traje de baño.

Tenía diez años cuando mis padres vinieron a Montrouge, y apenas llegados a esta población, me coloqué en la iglesia como niño de coro. Fué entonces cuando yo utilicé artísticamente por primera vez esta voz que ha sido mi fortuna... en el cine.

Conocía yo entonces el latín bastante bien, mas mi padre estimaba que esta ciencia no era suficiente para lograr vencer al porvenir, por lo que me puso en la escuela de *Los Hermanos*, calle del *Moulin Vert*, para pasarme, no tardando mucho, a la Escuela Municipal. Como quiera que en mi nuevo colegio me pegaba y combatía con mis condiscípulos, en vista de esto, me volvieron al colegio de *Los Hermanos*, los cuales me aprobaron sin exigirme el certificado de estudios, aprobando mi solicitud y colocándome en el lugar primero de la clase y décimo del distrito.

Por esta causa, mi buen padre — muy gozoso, por cierto — me compró un reloj que a los quince días estaba roto, y papá me dijo al verlo:

—No te haré relojero. Ensayemos el fotograbado.

Esta es la causa de que yo haya estado colocado sucesivamente en casa de Juan Bautista Say y en la Escuela Estienne.

El fotograbado me decía menos que los sports, en los que milité activamente, formando parte de la Sociedad Atlética Montrouge.

Nada para mí en aquella época tan interesante como ganar un premio en una carrera. Economizaba mi sueldo para ir a tomar cerveza al Pabellón del Parque, al cual asistía, más que por tomar cerveza, por estar unos momentos al lado del célebre Ragneneau.

Admiraba también a los grandes luchadores, y sobre todo, al bravo Vervet, que más tarde había de alternar conmigo en «El rey del pedal», y del cual decía yo, dirigiéndome a mis compañeros:

—¿Os habéis fijado qué bíceps tiene Vervet? Los tiene como biscuits.

Encontraron los compañeros bueno el mote, y desde entonces, en la calle Hale no se me llamó más que Biscot, sobrenombre que he conservado al tratar de dedicarme al cine.

¿Comprendéis por qué Biscot tiene quince años menos que Georges Bouzac?

Este último se hacía viejo en su taller. Los ácidos le coloreaban la nariz, como el vino, pero más peligrosamente. El doctor me dijo: «Habrás que dejar esto, amigo.» No me hice de rogar, y busqué trabajo en la casa Pathé para el tiraje de las películas.

El contramaestre bajo cuyas órdenes me encontraba, no me veía fotogénico, y no se mostraba particularmente indulgente conmigo.

Entonces trabé conocimiento con el profesor Davignon, fundador-director del National Bioscope: cogí la ocasión por los cabellos, y le ofrecí mis servicios como operador de cine.

Hice mi debut, como operador, en Rouen, y más tarde, con un papel de poca importancia.

(Continuará)

Cómo murió Michaël Floresco

Muchos de los amantes del cinema están intrigados por conocer cómo ocurrió la muerte de Michaël Floresco, el primer argumentista que en varios films de éxito supo hacerse amar de sus espectadores.

Floresco era un enamorado de la natación y cuando se hallaba a la orilla del mar se metía en el agua sin preocuparse para nada de la temperatura.

Apenas se había bañado, se tendía sobre la arena de la playa, asegurando que nada era tan beneficioso para la salud.

Encontrándose en Venecia con una compañía cinematográfica, a pesar de que la temperatura era glacial, se lanzó al mar, según su habitual costumbre, y contrajo una afección congestiva pulmonar que le llevó al sepulcro.

Cuando estaban estudiando «El guardián del fuego», de Gastón Ravel, su compañero Renné Navarre le había pronosticado varias veces que su imprudencia le jugaría una mala pasada.

The Girls

(Fox-trot)

Original del maestro J. Escofet

FOX



J. Escofet

Popular film

Opiniones de Roland Dorgelés sobre el cine

El simpático peludo autor de «Las cruces de madera», obra punzante, de agudo realismo, pensada y escrita cuando este joven escritor aún no había dejado dormir en el recuerdo sus impresiones del campo de batalla, tiene una opinión del cine tan interesante, que no queremos que nuestros lectores dejen de conocerla.

Lo mismo que dice del libro repite del film: «Amo — dice él — los libros que me emocionan, me instruyen y me divierten». Las mismas cualidades exige al film a pesar de que opina con Barancelli que la primera condición de toda obra, es ser humana. Roland Dorgelés moldeó su espíritu en el fragoroso estruendo de la gran guerra: todos los dolores hicieron presa en su alma joven, y es muy lógico que no quiera volver a percibir la humanidad a través de lo tenebroso y doliente. Además, es muy francés su modo de ver, y nada de extraño tiene que señale a la obra una general cualidad «amuzante», por otra parte, muy en consonancia con el gusto de la época.

Habla Roland Dorgelés:

«El cine es el arte que conviene a nuestra época de telegrafía sin hilos, de velocidad, de vértigo, de carteles inmensos, de jazz-band, de publicidad luminosa y de pájaros de acero. Es un maravilloso agente de aproximación de los pueblos, pues gracias a él tenemos un conocimiento más exacto de los pueblos limítrofes que, a pesar de su proximidad, eran por nosotros desconocidos. Las más pequeñas islas de Australia que visité durante algunos meses, no se me presentaron como tierras desconocidas hostiles a la vista. Los documentos cinematográficos me han revelado, de un modo preciso y real, los aspectos más diversos, las costumbres y los rostros de los habitantes, la flora lujuriente y la fauna. Antes del cine, yo conocía lo que se había escrito acerca de estas comarcas, sin saber gran cosa de más, pues el mismo paisaje visto por un Kipling, un Curwood o un Loti, estaba deformado por la ambición y el orgullo del uno, el gusto de la aventura y del espacio del otro y la senti-



Betty Compson, antes que estrella del cine, fué una gran violinista

mentalidad del tercero. Además, la descripción en la obra literaria no es como en el cine documento exacto que nos hace vivir la realidad, sin ningún cendal imaginativo que la trastoque.

«No soy — continúa — adversario de la filmación de las grandes novelas; ciertas adaptaciones tienen mucho valor. Pero creo que un autor debe de experimentar algunos temores al solo pensamiento de que se puedan materializar sus héroes y dar vida a los fantasmas que él ha creado y no estima más que como fantasmas. Los artistas que interpretan los personajes imaginarios al ritmo brutal del cinema, son de cualquier manera, los usurpadores. Lector, yo estimo más que mi imaginación y mi fantasía creen los rostros inventados por el escritor; los libros ornados de grabados me ofenden. El cine es el arte de escribir con las imágenes, de bloquear los panoramas humanos, como el boxeador bloquea a su adversario en el cuadro luminoso; es el arte, gracias al cual miles y miles de gentes que tenían las espaldas muy estrechas para vivir una vida aventurera, se emborrachan de aventura y de espacio.

«El que me parece que encarna mejor la cinematografía, es el contundente Gance, aparato de toma de vistas hecho hombre.

«Yo admiro las osadías, pero solamente las osadías útiles; los directores de escena que constituyen una vanguardia provocante, no me interesan. El cine no es, como algunos quieren hacer creer, la virtuosidad técnica o la deformación visual recortadas y elegidas al azar, no me emocionan ni me enseñan nada, y las bandas de todos esos «snobs» de la «élite» me aburren.

«En la época actual se confunde de buena gana el ensayo con la obra, la semilla con el árbol. Todo el mundo puede procurarse la semilla, pero todo el mundo no sabe hacerla germinar. Todo el mundo puede dar lugar a un bello cuadro, pero son pocos los que pueden poner en él una significación o una emoción.»

Como véis, el joven escritor francés tiene sobrado gusto y franqueza para exponerlo. Si nos fijamos un poco en sus opiniones, veremos en ellas un fondo de amargura, muy

natural, pues efectivamente «no todos saben poner en una obra — sea del género que sea — una significación o una emoción».

Augurios de una revista norteamericana sobre los artistas favoritos del público

Según una revista norteamericana, los artistas de cine que seguirán siendo los favoritos del público, lo menos hasta el año 1930, son: Norma Talmadge, Gloria Swanson, Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Jhon Gilbert y Lilliam Gish.

La misma revista predice que Pola Negri, Thomas Meighan, Milton Sills y Monte Blue, disminuirán en popularidad dentro de breve plazo.

No hace augurios sobre artistas tan notabilísimos y populares como Lon Chaney, Tom Mix, Constanza Talmadge, Charles Chaplin, Buster Keaton, Mae Murray, Mary Philbin, Jhon Barrimore y otros muchos.

Orquestación de las imágenes

La música de la luz, llama Abel Gance al cine. Y, en verdad, que tal imagen se ajusta a la realidad. Esta afirmación, que es una verdadera profesión de fe poética en el séptimo arte, formulada por tan respetable opinión, constituye un argumento elocuente en favor de la concepción del cinema, y señala la profunda afinidad que existe entre éste y el arte musical.

Sobre los temas de «cinema sinfónico» y «orquestación de las imágenes» han versado algunas conferencias de Mme. Germaine Dulac y M. Robert de Jarville, y varios artículos y ensayos de M. Emile Vuillermor y el doctor Paul Román, los cuales definieron, según su distinto modo de ver, estos temas abstractos que constituyen hoy por hoy problemas estéticos de sugestiva belleza, pues va en ellos tácita una superabundancia artística muy digna de ser tenida en cuenta, dado el incremento que el arte mudo va tomando en nuestro siglo.



Jacque Catelain, además de actor de la pantalla, es un buen pianista



William Collier toca con maestría la mandolina y la guitarra

PANTALLA



Clara Bow en la película «El vino»

De todos los personajes que hemos visto aparecer sobre el blanco lienzo, muchos eran músicos: André Nox, en «El Hombre que llora», pulsó el teclado, prestando al momento patético toda su alma de artista, compenetrado con el efecto a definir; Gabriel de

Gravone fué el romántico guitarrista de la calle, y tal emoción prestó a su papel, que hasta parecía vibrar acorde en el ambiente, aquella su sentimental sonata, que hacía que el público sintiese sus efectos sentimentales como si a su oído llegasen las notas tristes de su guitarra callejera; Severín Mars en la décima Sinfonía, con la firme autoridad que le prestaba su formidable temperamento artístico, evocaba de Beethoven la sublime delicadeza, haciendo resaltar la colosal figura y llevándola a un más alto grado de perfección en el espíritu del espectador no erudito, y, por tanto, capaz de asimilar mejor las formas que las ideas. El mismo Charlot ha dado vida en «Idilio en los campos» y «Charlot violinista» a dos personajes músicos; en ellos, a falta de ser un virtuoso, ha procurado hacer un perfecto estudio de manipulación para dar, en la pantalla, la ilusión más perfecta de un dominio cierto de estos instrumentos que burle al melómano espectador, atento solamente a los gestos de los cómicos.

Así como la música necesita la perfecta consonancia del ritmo y del sonido, el cine precisa para que su orquestación emocione nuestro espíritu, una consonancia no menor de forma y ritmo, que sugestione por su armónico conjunto y su bella manifestación de esteticismo. ¡La música más luminosa se diluye en los acordes silenciosos de las imágenes! ¡Cuántas veces hay que en nuestro cerebro vibran tan fuertemente las sensaciones ópticas como las que a nuestro oído acosan en el tercer acto de «El ocaso de los dioses»!

La música es la colaboradora de todos los bellos instantes en el film puramente artístico. Algunos directores de escena — los más interesantes desde el punto de vista artístico — en los grandes momentos de películas históricas, en las que se ha de manejar grandes masas de comparsas, emplean la música para con ella acordar los movimientos del conjunto que únicamente a este impulso prestan un poco de alma a los momentos en que han de intervenir sujetos a una forma armónica o a un ritmo preciso.



Interesante escena de «El vino»

Buen número de actores del arte mudo son verdaderos músicos: Betty Compson, estrella de primer orden en el cielo de la cinematografía, fué, antes de dedicarse a la pantalla, una gran violinista y pianista de excepcionales condiciones para la música;



Escena de la Joya Universal «El vino», estrenada la pasada semana en los salones Kursaal y Cataluña

Popular Film

William Collier Junior, domina excepcionalmente la mandolina, la guitarra y el piano; Jacque Catelain y Ethel Clayton, son admirables pulsando el teclado, y, por último, William S. Hart, canta admirablemente con una voz llena, que es maravillosamente emotiva cuando resuena en el silencio de la noche en pleno Far-West.

En fin, se la ha dado a la música el poder de amansar a las fieras; es por otra parte encanto aun de aquellos cuya exquisitez de espíritu no está ni levemente definida. Si todo en la humana naturaleza se expresase como ella, sujeta a un ritmo y una expresión que mirase a las almas, la perfección no tardaría en llegar; no solamente a las manifestaciones del séptimo arte, sino que también se besaría en todo lo sensacionalmente espiritual.

DIVULGACIONES CINEMATográfICAS

Escenario y decoración

Uno de los más interesantes factores a señalar, entre los que intervienen en la producción de un «film», es el que pone sobre el tapete la elección del escenario, por constituir éste, por sí solo, la recia armadura en que ha de asentarse toda la exposición argumental de la obra a filmar, que mal puede ser llevada a cabo si no existe la necesaria preparación de ambientes, luces, decorado, estilo, etcétera, etc.

La cinematografía moderna, que se ha dado cuenta de lo interesante que es la posesión de un buen estudio, ha procurado hacerse, aun a costa de muchos sacrificios económicos, de grandiosas galerías cinematográficas, que en la actualidad son legión, pues según modernas estadísticas nos han demostrado, el negocio cinematográfico ocupa el tercer lugar entre aquellos a los que se dedica mayor suma de capitales.

Existen en estas colosales galerías escenarios cómicos, dramáticos, religiosos, filosóficos, etc., etc., en los cuales se producen las pequeñas y las grandes manifestaciones cinematográficas, cuyos argumentos, ora se encomiendan a escritores modernos, ora se les da vida aprovechándose de los que ofrecen todas las obras que en el teatro o en el libro adquirieron fama y nombradía.

Entre todas estas admirables producciones a que nos referimos y que han sido acogidas por el público con entusiasmo, merecen citarse «*Forfaiture*», «*Le Lys brisé*», «*L'Atlantide*», «*Le Conte de Monte-Cristo*», «*El miracle des Loups*» y otras de no menos nombre, en cuya realización se emplearon verdaderas fortunas. Por millones se cuentan que ocasionó «*El ladrón de Bagdad*», para el que se llegó a construir una villa árabe completa con sus calles, sus *soukhs* y sus palacios.

Una vez establecido el escenario interviene la parte más difícil: la elección de director de escena, al cual está encomendado el papel más importante de la manifestación artística, que es la translación de la obra desde el campo imaginativo al terreno real.

La primera obligación del director de escena consiste en distribuir los papeles

a los artistas que según su parecer se adapten mejor a los personajes de la fábula. A su pericia se halla también encomendada la elección de las decoraciones, el estudio de los estilos latentes en la obra, y él se encarga, asimismo, de la busca de los lugares en los cuales se han de tomar los «exteriores».

Escena por escena son por él de antemano preparadas, siendo el encargado de repetir los papeles, rectificar las actitudes, acomodar los gestos, estudiar las caracterizaciones, regular los movimientos y repetir sin descanso los cuadros deficientes hasta encontrar los más correctos movimientos, las expresiones más justas y los conjuntos más armoniosos para que la labor artística llegue al más alto grado de perfección.

Para evitar las pérdidas de tiempo, se agrupan y se ejecutan a la vez todas las escenas cuya realización precise el mismo decorado, con lo cual se evitan precipitaciones y se mantiene en un todo la armonía imprescindible que debe de existir entre unas y otras.

Las bandas de película pueden ser cortadas y coleccionadas para que el director de escena pueda aprovechar y filmar todos los cuadros que juzgue necesarios: puede, por lo tanto, comenzar filmando la dieciseisava escena de la segunda parte y continuar por la quinta de la segunda si preciso fuera, pues es éste el solo modo de no perder tiempo alguno, evitando la repetición de viajes onerosos.

Cuando todo está tomado y se ha dado fin a la labor fotográfica, el operador invierte la manivela y se registra las escenas, que a pesar de todo el cuidado con que fueron tomadas, a pesar de todas las instrucciones del director y de las repeticiones que preceden a la toma de la vista, revelan el más intenso examen del film los defectos que necesitan importantes enmiendas y que obligan a ser repetidos para su completa perfección.

No es, pues, de extrañar que un film cuya representación sea de 1,800 a 2,000 metros, exija 30,000 metros de película negativa, cuya mayor parte, al ser observada, se encuentre estropeada inútilmente.

Repasemos, para terminar, algunas cifras que nos demostrarán los progresos realizados en el campo cinematográfico durante los últimos treinta años. En 1900 el gran film cómico, de la época, «*L'Arroseur arrosé*», que fué el más interesante de los producidos, medía 17 metros y duraba un minuto; en 1920 los films cómicos de Douglas y Charlot, cuyo metraje ascendía a 800 metros, se desenvuelven en cuarenta y cinco minutos; en este mismo año, ciertos films dramáticos, como Koenigsmark, midieron 3,800 metros, con una duración de tres horas; «*Le Vert galant*», que se desarrolla, en verdad, en episodios, necesitó 10,000 metros de película.

He aquí, pues, algunos datos que indican el progreso alcanzado por el cinematógrafo, progreso a que dió lugar el perfeccionamiento de las ciencias anexas a este difícil arte, de cuya divulgación POPULAR FILM irá sucesivamente dando cuenta a sus lectores.

ELECTRÓN

LA ESCENA MUDA

Estreno de «Sombras en la noche»

«Sombras en la noche», estrenada en el cine «Cataluña» y «Kursaal», es una película que en su principio desorienta al espectador más ducho, pues el tenebroso ambiente en que se desarrolla, hace inevitable este equívoco. Poco a poco va el espectador dándose cuenta del alcance que el argumentista dió a tal film y ve nacer de lo que creyó tragedia una divertida trama, que en algunos momentos arrancó una sonrisa—sólo una sonrisa—, pues si bien no tiene grandes trucos cómicos, está hecha a base de un fino humorismo, que aunque no llega al ánimo del público hasta ya bastante avanzada la trama, no por eso deja de interesarle menos.

La dirección escénica es irreproachable, y hace observar a lo largo del film una serie de detalles de buen gusto, destinados a llevar la atención del espectador por derroteros que le desorienten y hagan más interesante el desarrollo de la película.

La protagonista de este film, Magde Bellamy, aunque tiene un papel muy poco interesante—es más bien labor de conjunto la que en este film impera—, sobe poner en él tanta dulzura, que llega a convertir este insignificante «role» en algo digno de tener en cuenta por lo intensamente que hace vibrar en él todo su temperamento femenino, lleno de exquisiteces y delicadezas.

Se destacan en este film poderosamente la labor de Zazu-Pitts en su papel de Celia, neurasténica, institutriz de Ana Maynard, la protagonista, la cual desempeña su difícil papel a la perfección. Bien puede decirse que este «role» es el más interesante de la obra y casi la base de toda la parte cómica de este film. La encargada de darle vida, se supera a sí misma. Muy fácil sería que cayese esta interpretación dentro de lo chabacano; pero el talento de la artista hace que siempre sea el tono normal aquel en el que se halla colocada.

Ya hemos dicho antes que la dirección escénica era muy interesante y lo volvemos a repetir. El papel más difícil de una obra está encomendado al director de escena, y es a éste—en films como «Sombras en la noche»—al que se debe el éxito que acompaña a esta producción de la Universal, pues toda la labor más importante depende de su modo de preparar las situaciones, armonizar los conjuntos y cuidar de los pequeños detalles, que son los que salvan a esta obra que entretiene y agrada merced al intenso cuidado con que fué tratada por el director y el cariño que pusieron en sus respectivos papeles Magde Bellamy y la deliciosa ingenua Zazu Pitts.

Buster Keaton, artista predilecto del Presidente Coolidge

El Presidente de la República Yanqui, mister Coolidge, es un devoto del séptimo arte.

En la Casa Blanca de Washington, donde en 1915 Mr. Wilson, entonces Presidente de aquella República, inauguró una sala para la proyección de películas, Mr. Coolidge, con su esposa, que también es una entusiasta del cine, pasa parte de sus horas de asueto viendo desfilar por el blanco lienzo las películas que, al ser anunciadas por las casas productoras, han llamado más su atención.

El Presidente no se priva de este espectáculo ni cuando viaja, pues a bordo de su yate «Mayflower» tiene montada una completísima instalación para exhibir «films». Cuando el viaje lo realiza por ferrocarril, mister Coolidge hace agregar al tren oficial un coche de «cinema», en el que se pasa, viendo películas, la mayor parte del viaje.

El representante en Washington de Productores y Distribuidores de películas americanas, tiene el encargo de seleccionar las mejores para el Presidente de la República, que así las ve antes de que se hayan exhibido ante el público.

Entre todos los artistas de la pantalla, mister Coolidge siente predilección por Buster Keaton, «Pamplinas», cuya seriedad debe antojársele al Presidente más efectiva que la de muchos políticos y financieros de su país. De esta predilección se deduce que mister Coolidge prefiere las cintas de asunto humorístico o cómico a las dramáticas y sentimentales, pues en la admiración del Presidente figura «Charlot» a seguida de «Pamplinas», una de cuyas producciones — «El navegante» — la ha visto ya media docena de veces.

Con esta afición no es extraño que mister Coolidge sea uno de los más tenaces defensores de la industria cinematográfica.

Anekdótico

Uno de los directores de escena más intrépidos de toda la América, Fred Leroy-Granville, tomaba, ha algunos años, una escena en la que se veía un niño correr delante de un tren, agitando su pañuelo por salvar a su madre desvanecida sobre la vía férrea a una corta distancia del lugar por el que el convoy cruza. El conductor percibe a tiempo la señal y frenando la máquina se coloca en la delantera del convoy logrando atrapar al muchacho al vuelo.

Como es natural, para tomar una escena tan peligrosa se han de efectuar los movimientos a la inversa. La locomotora va reculando, el conductor deposita el niño sobre la vía el cual continúa corriendo de espaldas y se dirige, reculando a su vez, hasta la cámara de conducción. Los aparatos inverti-

dos restituyen a la escena su movimiento normal.

Todo marcha a las mil maravillas. Al día siguiente y una vez tirado el positivo, se proyecta el episodio sobre una pantalla. Leroy-Granville comprende su error al invertir la escena. Se había previsto todo, excepto una sola cosa: la escena era de un realismo perfecto, pero el humo, en lugar de salir por la chimenea de la locomotora, entraba. Habían querido hacer una tragedia «a lo Griffith» y habían perfectamente acertado una comedia «a lo Buster Keaton». Se tuvo que comenzar.

Uno de los más activos directores de escena de la vecina Francia, pretendió hacer vivir en la pantalla a uno de los sabios más interesantes del país vecino, logrando hacer un film maravilloso que obtuvo la aprobación de las más altas personalidades intelectuales.

Llegó el día de pasar esta obra ante los herederos del gran hombre, y se reunieron, una mañana, en la Sala Marivaux las dos hijas y el yerno del sabio, un periodista muy conocido y el director de escena antes citado. El film se desenvuelve. Al llegar a una escena en que el sabio aparece en mangas de camisa sobre su microscopio, suena un grito que parece provenir de un gato al que hubieran pisado la cola. Es una de las herederas del hombre ilustre que clama irritada.

—Esto no es posible, señor. Usted no debe de presentar a nuestro abuelo en mangas de camisa. Esto sería un sacrilegio.

—Pero señora, un sabio en su laboratorio no trabaja vestido de smoking.

—No insistáis, esto no es posible: él debe aparecer en la película tal como aparece en sus estatuas.

—Señora, mi film está terminado y, sintiéndolo mucho, no puedo cambiar nada.

—¿Que no puede cambiar nada? ¡Imposible! Detened la proyección o colocadle su vestido...

Entonces el periodista, distraído, se dirige al director diciéndole con mucha política.

—Mi querido amigo, ponédle un vestido. Hacedlo por la señora, colocadle un chaquet...

El joven director de escena ha jurado que en adelante cuando trate de hacer algún otro film conmemorativo, tomará las escenas cuatro o cinco veces, y en cada una de ellas hará vestir al héroe del film con abrigo de pieles, en traje de baño, con equipo de aviador o de «golferman», de smoking y en mangas de camisa.

Es el único modo de tener contentos a los herederos exigentes. Así podrán ver a su antecesor según su gusto...

La colección de cartas amorosas de Ricardo Cortez

El matrimonio de Ricardo Cortez y la estrella de la Fox, Alma Rubens, es bastante reciente aún.

Los jóvenes esposos se vieron imposibilitados de continuar su viaje de novios por un telegrama del director de escena de Alma Rubens, que reclamaba a la «vedette» para la realización inmediata del principal papel de «Pélcano».

Ricardo Cortez y su esposa son lo bastante buenos artistas, para no discutir una orden de su director y se apresuraron a obedecerle inmediatamente.

Cuando llegaron a Hollywood se instalaron en la encantadora y pequeña mansión de Cortez, donde habrían de residir provisionalmente, pues tienen la intención de construir una villa rodeada de un gran jardín, en la que harán nido que cobije sus amores.

Alma Rubens, tuvo la curiosidad de hacer el inventario de todo lo que su marido había coleccionado en sus habitaciones de soltero y descubrió, al hacerlo, un cajón lleno de cartas femeninas.

Estas misivas amorosas procedían de los cuatro puntos del globo al intérprete de «Matador», «Escándalo» y otras producciones no menos bellas que las señaladas.

Ricardo Cortez, que es un hombre ordenado, las tenía clasificadas por países.

Alegróse mucho Alma Rubens de tan interesante descubrimiento y comenzó a leer las declaraciones de amor enviadas a su esposo, el cual al regresar a su casa halló a su mujercita muy ocupada, siendo el primero en reír la ocupación, felicitándola por tan original descubrimiento.

Alma Rubens le dijo que en lo sucesivo se encargaría ella de responder a las admiradoras de Ricardo, el cual repuso a su esposa, con cariño, pero con energía:

—Yo haré igual con los tuyos.

La nueva quimera del oro

Vamos a ver en la pantalla una nueva «Marcha hacia el oro», que no tendrá nada de común con la que nos presentó Charles Chaplin debatiéndose contra la adversidad en los paisajes de nieve.

Nuestros lectores habrán oído hablar, seguramente, del descubrimiento hecho hace unos meses, de un importante yacimiento de oro al Norte del Ontario del Canadá.

Se cuentan por centenares los americanos faltos de fortuna que se dirigen hacia el nuevo Eldorado con la esperanza de hacerla sin temor a los peligros y fatigas sin cuento ni a las crueles privaciones.

Son incontables los cadáveres que jalonan la ruta que a través de los campos de hielo conduce a la famosa región del Lago Rojo, donde se ha encontrado el yacimiento.

La villa más cercana al terreno de explotación es Hudson, a siete jornadas de marcha pues el camino de hierro no se acerca más al Lago Rojo.

Una firma americana ha querido hacer filmar la marcha hacia el oro desde un avión. Un operador salido de Hudson, a bordo de un aeroplano, volando a poca altura, ha podido tomar vistas interesantísimas de las caravanas lamentables que se persiguen sin interrupción sobre la ruta nevada de Hudson al Lago Rojo.

Quizá en el próximo número podamos hablar más extensamente de este interesante film que nos sirven como plato fuerte los americanos.

MARAVILLOSO

Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural a LOS OCHO DÍAS de usar el INSUSTITUIBLE ACEITE VEGETAL MEXICANO, PREMIADO GRAN PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada y por esto se usa con las mismas manos, como cualquier BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADÍSIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal o cual color: es únicamente para devolver a los CABELLOS BLANCOS su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTÍA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS O NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Concesionario: E. SARRA. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de a 10 pesetas hay cantidad suficiente para un año de uso.

LA MODA EN EL CINE

De la danza de Salomé al charlestón, pasando por las sevillanas, la jota y la sardana



Jette Goudal, interpretando Salomé

No sé si alguna de mis lectoras se habrá hecho alguna vez esta pregunta, realmente curiosa:

¿Influye el baile sobre la moda del vestido femenino, o es la moda la que influye sobre el baile?

Si en una encuesta, o enquete, se me dirigiese esta pregunta y no pudiera excusarme de contestarla, me guardaría muy bien de hacerlo a rajatabla, mediante una afirmación categórica. Creo que me expondría menos a error diciendo que ninguna de las dos cosas influye sistemáticamente sobre la otra, sino que unas veces el baile es consecuencia de la moda y otras ocurre al revés, sin que en uno ni otro caso pueda determinarse la causa de una manera satisfactoria.

Porque al pretender apurar el tema habría que darle mucha más amplitud, y ya no sería la relación entre el baile y la moda, sino entre estos, la moral y las costumbres de cada época.

En la hora presente, la moda de la falda corta, plisada y de mucho vuelo, ¿ha influido en ese baile que constituye la última novedad en *dancings* y *caba-*

rets y que llaman *charlestón*? ¿O tal vez para poder bailar el *charlestón*, con sus contorsiones, regates y acrobacias, se ha creado la moda de la falda corta, de vuelo de campana? Dejemos esta investigación, que nos llevaría muy lejos inútilmente, para otro rato.

El hecho es que preceda la moda al baile o el baile a la moda, ambas cosas definen la moral y las costumbres de una época.

Es innegable que, estéticamente al menos, los bailes del momento actual, son anteriores a los de ayer y a los de anteayer. Salomé bailando desnuda y deslumbrante ante Antipas Herodes, tiene mucha más plasticidad que una pareja de tango argentino, de shimmy, de fox o de charlestón. Claro que la hija de Herodiade y Filipe cobró demasiado cara su danza. Se le antojó poca remuneración a su arte la ciudad de Tiberíades o las cien aldeas de Genezareth y pidió a Herodes la cabeza del Bautista.

En el minué, de ritmo tan lento, de tan señorial empaque, el pie de las damas adquiría una importancia decisiva, mientras que en los bailes modernos esa importancia corresponde a las piernas. De ahí que ahora todas las invenciones

de los modistos vayan encaminadas a que la mujer enseñe parte de esas armoniosas columnas de su cuerpo, que tanto se recataban antes a las miradas de los demás.

La jota, para que tenga carácter, hay que bailar la con mucho revuelo de sayas, que caen poco más arriba de los tacones, porque su belleza está en los quiebros de la cintura y en los brazos.

En las sevillanas, la falda larga con muchos faralaes, y los crócalos o castañuelas, prestan una gracia insospechada a este baile tan español, tan nuestro, y sería antiestético bailar con otra indumentaria.

La sardana, tan ingenua y honesta, que se baila formando corro, toma en ciertos momentos prestigio de rito primitivo, de adoración a la naturaleza, que es su único escenario posible. Es un baile democrático, y en él se enlazan por las manos la dama de alcurnia, la menestrala, la burguesa, la niña *bien*, la obrera; el pueblo, con el distintivo azul del traje de faena, y los que representan al capital y a las profesiones liberales, con la nítida pechera almidonada.

Esta cualidad democrática de la sardana hace que no requiera un traje especial para bailar la, aunque le cuadra bien la redecilla de las mozas catalanas de antaño y las espardeñas del payés. Pero esto, en la sardana, es sólo un detalle pintoresco y colorista, no imprescindible.

MISS GLADYS



Elena D'Algy bailando unas sevillanas

Museo fotográfico de POPULAR FILM



D. SANTIAGO RUSIÑOL

con cuyo nombre se honró el día 8 a una calle de Llinás del Vallés, villa en que veranea todos los años el insigne dramaturgo

Popularfilm

El éxito de nuestro primer número

A pesar del crecido tiraje que hicimos de nuestro primer número, ha sido tan bien acogido por el público, que pocos días después de su aparición, nos vimos obligados a hacer un nuevo tiraje para servir los nuevos pedidos que nos han hecho nuestros correspondientes.

Por otra parte, son numerosas las felicitaciones recibidas en esta Redacción, lo cual nos alienta a seguir por el camino emprendido sin decaimiento de ánimo.

LA ESCENA MUDA

Estreno en los Salones Kursaal y Cataluña de "El Vino"

«El vino» está adaptada a la pantalla de la novela de igual título de William Mac Harg. Con esto queda dicho que el argumento tiene una trabazón más lógica que en la mayoría de las películas planeadas sin la base de una novela literaria y un desenlace perfectamente humano y realista.

En el contraste que ofrecen la familia de rancieros pergaminos, con todos sus prejuicios de clase, ya arruinada, y el aventurero, rico y plebeyo, que se dedica al contrabando de bebidas alcohólicas y que explota varios cabarets, está el interés y el dramatismo de esta comedia de la Universal.

Hay en ella momentos patéticos y escenas muy movidas y llenas de color, en algunas de las cuales, junto a la vigorosa pincelada dramática, se pone la fina nota humorística.

Esta producción ha sido dirigida por Louis Gasnier, cuya original manera de manejar los efectos dramáticos le han dado ya una gran nombradía en Norteamérica.

Clara Bow, que desempeña el principal papel femenino, es una deliciosa ingenua, menuda y bonita, que se impondrá pronto por su fuerte temperamento artístico. Su labor en «El vino», es admirable de veras.

Nos gustaron también mucho en sus respectivos papeles Fouest Stanley, Robert Agnew, Myrtle Stedman y Huntly Gordon.

La fotografía muy clara y los distintos escenarios puestos con mucho arte y magnificencia.

Kursaal y Cataluña

El lunes se estrenó en los salones Kursaal y Cataluña la interesante producción histórica «Guillermo Tell», basada en el famoso drama de Federico Schiller, que lleva el mismo nombre.

Del principal papel encomendado a Conrad Veidt, ha hecho este gran actor una verdadera creación.

El público que llenaba las salas de estos coliseos siguió con verdadero interés el desarrollo de este film, cuya interesante presentación fué del agrado del público en general que, a pesar de las magníficas presentaciones de películas históricas que presencié, no se sintió desilusionado a la vista de esta nueva producción de la casa «Gaumont».

Pathé Cinema

En este coliseo se verificó el pasado lunes la reposición de la interesantísima película «El trono vacante», cuya interpretación corre a cargo de los simpáticos Alice Terry y Lewis Stone, los cuales pasan por ser los artistas más aptos para la caracterización de esta clase de obras en las que han de intervenir personajes regios.

Es interesantísimo este film y de un gusto depurado y exquisito. A pesar de tratarse de un reestreno, fué recibido como si del estreno de una superproducción se tratase.

El público que llenaba la sala, aplaudió complacido la labor de estos sus dos artistas favoritos.

Nuestra portada

Figura en nuestra portada la excelente actriz Mary Miles Minter, a la que pronto tendremos ocasión de admirar en la película «Redoble de timbales», que se estrenará en el Coliseum.

Gacetilla cinematográfica

Don José Balart y don Ignacio Simó, antiguos empleados de la Procine, S. A., se establecerán como alquiladores de películas, bajo el nombre de Comercial-Film.

Les deseamos un próspero negocio.

Don Santiago Barges, poseedor de la firma Maravilla Films, ha adquirido en su reciente viaje a París, un selecto material para la próxima temporada.

La segunda semana de las grandes pruebas Verdaguer, que estaba anunciada para este mes, queda aplazada para el próximo mes de septiembre.

Homenaje a Vidal y Planas

Reposición de «Santa Isabel de Ceres» en el Apolo

Los días 7 y 8 del actual se dieron en el Apolo las funciones de homenaje al popular dramaturgo Alfonso Vidal y Planas, con la reposición de su famosa y discutida obra, «Santa Isabel de Ceres».

Antes de alzarse el telón, Vidal y Planas dió una conferencia, en la que hizo resaltar

su gratitud al pueblo de Barcelona, que ha trabajado por su liberación con el ahínco y energía que pone siempre en todas sus empresas, cuando son tan generosas como ésta de devolver a la sociedad a uno de sus individuos más preclaros.

Las escenas vibrantes, cálidas y llenas de romanticismo de «Santa Isabel de Ceres», conmovieron una vez más a los espectadores, reafirmando la personalidad y el prestigio del inquieto e inquietante dramaturgo, que sabe llevar a todas sus obras el amor y la grandeza de su alma. Vidal tuvo que salir al final de cada acto a recoger las ovaciones.

La compañía que dirige el notable primer actor Arturo Buxens, interpretó con cariño y de un modo excelente el hermoso drama de Vidal y Planas.

Joy-Joy

El sábado se estrenó en el Cómico «Joy-Joy», que es una segunda versión de «Yes-Yes», el magnífico espectáculo que se acerca ya a las trescientas representaciones.

En «Joy-Joy» figuran los cuadros más vistosos de «Yes-Yes», con otros nuevos que denotan el buen gusto artístico de Manolo Sugañes y de sus colaboradores Mario Aguilar, el poeta José María de Sagarra, el inquieto reporter Francisco Madrid y el agudo periodista Braulio Solsona. La música, preciosa, es del maestro Clará, el cual constituye, por sí solo, un elogio.

Han intervenido en la confección del vestuario, que es obra de Max Weldy y de madame Jeanette, los dibujantes Gesimar, Erté, Barlier, Zamora y Robert. El decorado, espléndido, es de Juan Morales, Castells y Fernández y Batlle y Amigó.

La compañía ha sido aumentada con nuevos artistas de valía, como la vedette internacional Rosita Rodrigo, la pareja de bailes modernos del Empire, de Londres, Yola and Paul; el bailarín americano, Alfredo Herrera; Conchita Garzón, Salud Rodríguez, Amalia Palau, Pepita Fontdevila, The Maurys y otros.

Después de estas referencias y de estos nombres, ¿habrá que decir que «Joy-Joy» fué un éxito clamoroso? El productor Manolo Sugañes ha colocado el teatro de gran espectáculo a la altura de los de París y Londres. Y el público, que lo sabe, le corresponde llenando la platea del Cómico todas las noches.

¿Se van dando ustedes cuenta de en qué consiste la crisis teatral?

Con los Lithinés

del D^R Gustin

se obtiene un agua mineral económica, alcalina, litinada, deliciosa al paladar, contra las enfermedades de los Riñones, Hígado, Vejiga y Estómago.

DEPOSITARIOS:

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.
Paseo de la Industria, 14 - Barcelona

Argumento de la semana

Las cómplices de los hijos

Exclusiva L. Gaumont,
por Mistres Wallace Reid

PROLOGUILLO

Madres de todo el mundo: Os presento esta obra como protesta contra el desorden y el libertinaje, que son hoy las características de nuestro siglo y de nuestra civilización. Pretendo con ella recordáros que la base de la ley y del orden tienen su origen en la más grande de las instituciones modernas: EL HOGAR.

APELA ROGERS

I

Roberto Hallen era, en teoría, un acérrimo defensor de las leyes que son las que regulan la vida social y las que marcan a los ciudadanos de un país, sus derechos y deberes, y también la responsabilidad en que incurren caso de faltar a estos deberes de ciudadanía. Pero una cosa es la teoría, y otra muy distinta la práctica. Y Roberto Hallen, que como teórico resultaba irreproachable, en la práctica se burlaba de las leyes instituidas, siempre que se le presentaba ocasión para ello.

El día de Nochebuena, después de extinguirse los últimos resplandores del crepúsculo, Roberto regresaba a su casa en automóvil. Había dedicado casi toda la tarde a recorrer los bazares y comercios de lujo de la ciudad, en busca de juguetes y chucherías para Jorgito, su hijo único, con esa ilusión que ponen los padres cuando se trata de obsequiar a sus hijos, y que sólo es comparable a la que sienten los hijos cuando reciben el regalo.

Acompañaban a Roberto Hallen en esta pesquisa, su hijo y una preciosa amiguita de éste, que tenía el poético y delicado nombre de Rosita. Roberto, como se los había hecho tarde, llevaba el auto a una velocidad extremada, contraviniendo abiertamente las ordenanzas que regulan la marcha de toda clase de vehículos, dentro de las ciudades. Jorgito y Rosita iban dando tumbos dentro del coche. Durante la carrera, un agente de tráfico intentó detener el automóvil para imponerle una multa a su conductor, por exceso de velocidad; pero Roberto, después de hacer varios virajes comprometidísimos y peligrosos por lo rápidos, logró despistar al agente de tráfico, con gran alegría de Jorgito y Rosita, que palmotearon con entusiasmo la hazaña del padre del primero.

No es extraño que con estos ejemplos de desobediencia que le daba su padre frecuentemente, y con la excesiva indulgencia de su madre, llegara Jorgito a la conclusión anárquica de que la mejor de las leyes es la propia voluntad, el capricho de cada uno aunque redunde en perjuicio de los otros.

Aquella noche, solemne y tradicional, Jorgito proporcionó a su linda amiguita la primera desilusión de su vida.

—¿Crees tú en la existencia de los Reyes Magos?

—Pregunto al travieso rapaz a su amiguita y vecina. Naturalmente que creo. Como que todos los años me traen juguetes — replicó la niña.

—Eres una tonta, Rosita.

—¿Por qué?

—Pues porque eso de los Reyes Magos es una paparrucha.

—¡Oh!, no digas eso, Jorgito — protestó la chiquilla.

—Pero no seas boba! Los juguetes que tú recibes por la fiesta de Reyes, no te los dejan los Magos, sino que los compran tus papás, y luego te dicen, para que la ilusión sea mayor, que es un obsequio de los Reyes de Oriente — la informó el muchacho.

—¿Y para qué quieres que me engañen mis papás?

—Toma!, para que seas buena todo el año. Lo mismo que a mí y que a todos los niños; sólo que yo no soy tan tonto que me lo crea.

Rosita, no obstante estas razones de su amigo, se resistía a destruir en su imaginación la bella leyenda de los tres Reyes Magos. La inocencia y la festividad de la muchacha soliviantaron a Jorgito que, rabioso porque no acababa de dar fe a sus palabras, comenzó a destruir el árbol de Navidad con una furia de hotentote.

Su padre, al ver la acción de su primogénito, se indignó contra éste, castigándolo con irse a la cama sin cenar. Marta, su esposa, protestó:

—Eres demasiado duro con el niño!... ¡Castigarlo en una fiesta tan solemne como la de Navidad!

—Pues que, quieres que le dé un premio por su hazaña? — inquirió irritado Roberto.

—No, eso tampoco. Comprendo que no está bien lo que ha hecho Jorgito; pero deberías perdonarlo en ocasión como la presente.

—¿A la cama he dicho! — gritó Roberto a su hijo, que esperaba la gracia del perdón... para poder disfrutar de las muchas y variadas golosinas — dulces y pasteles — que llenaban la bien provista mesa.

Pero tuvo que obedecer la orden paterna, aunque prometiéndose a sí mismo vengarse con otra travesura más grave que aquella por la cual se le castigaba.

II

El padre de Rosita, Ricardo Helt, era un verdadero mártir del matrimonio. En lugar del nido placido y acogedor, con que sueña al casarse todo hombre

sensato y bien equilibrado, y de una esposa obediente y honesta en sus gustos y costumbres, habíase encontrado con un hogar nada apacible y cálido, y con una mujer frívola y casquivana, para quien las estridencias del «jazz-band» y los enloquecedores saltos y piruetas del «shimmy», encerraban bastante más poesía que las dulzuras y la paz del hogar.

En todas las épocas el martirologio matrimonial ha sido extenso; pero en la nuestra, acaso por la libertad de las costumbres y por la educación de manga ancha, por no aplicarle un feo epíteto, que se da a los hijos, ese martirologio suma una lista de nombres casi tan grande como la de matrimonios. No siempre es la mujer la que rompe con la paz del hogar, la que destruye lo que debiera ser delicioso nido donde se arrullan los esposos. Al contrario, quien convierte este hogar, o nido, en una verdadero infierno, es el hombre, no por ser de cualidad más maligna que la mujer, sino porque la sociedad no le afea tanto sus vicios como a la mujer, hasta el punto de que muchos de estos los convierte en gracias, o les da el nombre más suave y hasta simpático y atrayente de enlaverada, aventura, galantería y otros nombres por el estilo con que se cubre el deshonor y la falta de vergüenza y dignidad.

En cambio, el más leve desliz femenino, adquiere unas proporciones alarmantes que lo convierten en gravísima falta y que da motivo a divorcios, escándalos y chismorreos. Eso de que el hombre no atente a su propio honor cometiendo actos poco decorosos y que se considere atacado en el porque su esposa, su madre o su hermana cometa un pequeño desliz, es absurdo y ridículo en extremo.

Aunque otra cosa se diga, en cuestiones que afectan a la moral, el mundo está bastante atrasado todavía.

Pero dejemos estas disquisiciones, y volvamos a lo que importa.

En nuestra relato, ya lo hemos dicho, la víctima, el mártir, el crucificado en la cruz del matrimonio, era el hombre.

Aurora, que así se llamaba la frívola compañera que cupo en suerte a Ricardo Helt, había organizado para aquella noche, una fiesta en su quinta. A esta fiesta, que prometía ser tan esplendorosa y costosa como todas las que Aurora ideaba, fueron invitados Roberto y Marta, amigos dilectos, además de vecinos, del matrimonio Helt.

Huelga decir que Marta y Roberto aceptaron la invitación, pues aparte de que una excusa, por hábil que hubiera sido, habría molestado a la organizadora de la fiesta, recibiendo como una ofensa, el matrimonio tenía ganas de divertirse y expansionarse un poco aquella noche.

No eran unos viejos, ni estaban tan aburridos de la vida que hubieran renunciado al holgorio, dentro de los límites de la honestidad, pues hay que decir que Marta en nada se parecía a su amiga Aurora, sin que esto implique tampoco que ésta fuese desleal a su esposo hasta el punto de herirlo en su honor. Claro que era bastante el meterlo en los trotes que lo metía y en hacerle gastar de largo en cosas baladíes de las que se pueden prescindir muy bien sin que la sociedad se escandalice.

Jorgito, al enterarse de la ausencia de sus padres, no creyó oportuno permanecer en su encierro, mientras los autores de sus días se divertían y gozaban en la quinta de los Helt. Como era vivo de genio y tenía una imaginación exuberante, ideó en seguida la manera de evadirse de su prisión, que no era otra que su alcoba. Para llevar a cabo su plan, ligó las sábanas de su lecho, ató luego una de las puntas de la improvisada cuerda a los fierros del balcón y se deslizó por ella a la calle con la agilidad de un mico o de un acróbata. Hecho esto, se coló furtivamente en la quinta en busca de Rosita para disfrutar juntos de la fiesta. No tardó en hallar a su amiguita en una de las habitaciones próximas al salón en que se celebraba el baile, que estaba ya muy concurrido.

Los dos muchachos tomaron posiciones para presenciar la fiesta sin ser vistos. Pero el papel de mirón no le pareció muy agradable a Jorgito, que por su temperamento era partidario de la acción, más que de la vida contemplativa. Aunque con algún esfuerzo, logró convencer a la niña, tímida y cándida, para que se desfilara con un traje y con las joyas de su madre. El, por su parte, hizo otro tanto, poniéndose unos enormes bigotes postizos, en la creencia de que en esta guisa, nadie sería capaz de reconocerlos, creencia bastante inocente, pues la caracterización, por mas perfecta que fuese, no podía aumentarle la estatura.

Esto, aparte de que el muchacho que se colocó Jorgito no habría podido despistar a nadie, ni pasar por auténtico, aunque hubiera crecido dos palmos en aquel preciso y para él precioso momento.

En cuanto a Rosita, apenas se la veía metida en el vestido de su madre, el cual le daba un aspecto de enano disfrazado que daba grima.

Sin embargo, la imaginación de los dos rapaces les hacía verse convertidos, a ella en una dama verdadera, y a él en un perfecto gentleman, acaso con los bigotes demasiado largos y caídos, de chino o de foca, ahora que los hombres llevan el rostro completamente rasurado, o cuando más se dejan una sombra de bigote que, por lo más, parece más bien un lunar peludo.

¡Pero quién es capaz de irle con reflexiones de esta

naturaleza a un niño, sobre todo si ese niño es tan travieso, discol y voluntarioso como nuestro pequeño héroe?

Pero no se conformó Jorgito con esta aventura, sino que quiso completarla con una idea diabólica. Se apoderó de una botella de licor para seguir la fiesta, y sirvió una copa a Rosita, que hubo de apurarla haciendo muchos guiños y muecas. Como no encontraron más que aquella copa, Jorgito bebió en la botella, alegrándose un poco más de lo regular.

Enterado Roberto de la nueva gracia de su hijo, lo corrió de la mano, y casi en volando, lo volvió de nuevo a su encierro, amonestándolo severamente.

Aterrada Marta ante la idea de que su esposo castigara al muchacho con excesiva severidad — para ciertas madres la más leve reprimenda es un castigo demasiado duro que casi equivale, en su concepto, a una pena de muerte —, abandonó momentáneamente la fiesta, llegando a tiempo para impedir con sus lágrimas una violenta represión, pues Roberto, después de amonestar al rapaz, y en vista de que éste no daba señales de arrepentimiento, se disponía a darle una paliza, muy merecida por cierto.

Poco acostumbrado a que se le contrariara en sus caprichos, en cuanto sus padres se volvieron a la fiesta, Jorgito desató su estúpida cólera, y no encontrando otro medio de proporcionar un disgusto a sus progenitores, para vengarse del castigo, salió al balcón a recibir el frío y la lluvia que caía copiosa y helada aquella noche, con el deliberado propósito de coger una enfermedad, como así fué, en efecto, pues no impunemente se desafia a la Naturaleza, que dispone de elementos que si son beneficiosos para el que sabe encauzarlos, resultan asaz peligrosos para los que intentan burlarse de ellos estúpidamente.

III

Cuando la fiesta que se celebraba en la señorial mansión de los señores Helt estaba en su apogeo, muy cerca del amanecer, y cuando los primeros resplandores de la aurora comenzaban a infiltrar su rosicler por entre las vidrieras, como curiosos que desearan presenciar el final de la fiesta, cada vez más loca, penetró angustiada en el salón la doncella de Marta, para darla cuenta del alarmante estado de Jorgito, el cual presa de intensa fiebre, se debatía calenturiento en su lecho.

Abandonó presurosa Marta los salones en fiesta, y se trasladó a la cabecera del enfermo, donde al comprender su gravedad, prometía entre lágrimas silenciosas y plegarias sinceras, ser más dura para con su hijo en lo sucesivo, y evitar de este modo las consecuencias de la pésima educación que le estaba dando. Pero vino la convalecencia, y la madre, más indulgente que antes, siguió alentando con su blandura las intemperancias irresistibles de Jorgito, hasta el extremo de dar lugar a que sus profesores se vieran obligados a despedirle del colegio por sus travesuras de niño mal educado.

Marta padecía un error lamentable creyendo que el amor materno es aquel que se traduce sólo en caricias y halagos y que alienta o disculpa las travesuras de los hijos. Y, naturalmente, que ese no es el amor de madre, sino aquel que junto a la caricia y al beso, cuando es oportuno hacer aquella y dar éste, sabe poner una reprimenda o unos azotes, aunque éstos deban darse con mano blanda, pues no es el dolor físico lo que corrige, sino el convencimiento, en quien los recibe, de que la acción que ha cometido merece un correctivo.

Pero Marta, más que madre, madraza, ni regañaba a su hijo jamás, ni nunca le rozó la piel con sus manos como no fuera para acariciarlo. Y esto si que era un daño mucho mayor que el que le habría causado una azotaina, porque Jorgito tomaba cada vez más alas y se volvía más travieso, multiplicando sus diabluras, que de inocentes podrían convertirse en graves y, quien sabe, si irreparables.

Aquello era intolerable, y Roberto creyó llegado el momento de donar al travieso muchacho, que de otro modo no tardaría mucho en darle algún disgusto serio. Marta rogó, suplicó; pero viendo que sus lágrimas y súplicas no hacían ceder al exaltado esposo, le arrebató el bastón con que éste pretendía castigar al chiquillo, y plantándose ante su marido con la resuelta actitud de la leona que defiende sus crías, le amenazó tirada con su propio bastón.

El primer impulso de Roberto fue lanzarse sobre su esposa dispuesto a terminar de una vez con aquellas debilidades suicidas. Sin embargo, reflexionó un instante, y después de afear a Marta su proceder y echarle en cara su debilidad, salió de la estancia encogiéndose de hombros y prometiendo no volver a importunar al goliato.

IV

Rendida por la emoción de aquel instante, y apesadumbrada al mismo tiempo por haberse mostrado tan violenta con su esposo, apesentose Marta en el diván del salón, y apoyando su cabeza en el respaldo, cerró los ojos y quedóse dormida.

En sus manos tenía un zapato que aquel mismo día había comprado para Jorgito. De vez en cuando, la

mano de la madre se deslizaba febril por la piel tersa como si en ella acariciara la cara de su hijo.

En alas del sueño la excitada imaginación de Marta se remontó al día en que su querido Jorgito habría de cumplir diez y ocho años.

Había salido ya del colegio, hecho un hombre, pero mimado y consentido con exceso, seguía siendo el niño mal educado, díscolo y rebelde de antaño.

Rosita Helt habíase convertido en una adorable mujercita, cuyos ojos, profundamente azules, eran para Jorgito el compendio de todas las bellezas humanas y divinas y el faro de todos sus ensueños más caros. Instruida por el ejemplo de su madre, tenía Rosita toda la descocada despreocupación de las muchachas modernas, cuya descuidada educación las hace no deseables, por lo menos, para el matrimonio.

Como regalo de su cumpleaños, Marta, a espaldas de su esposo, había comprado a Jorgito un precioso automóvil de dos asientos.

Con que ilusión esperaba la madre poder efectuar la primera carrera llevada por su hijo! A Marta no la cabía la menor duda de que su hijo desearía que fuese ella, y no otra alguna persona, la que estrenase el auto. ¡Pobre mujer!

Ignoraba que los sacrificios que se hacen por los hijos de la contextura moral de Jorgito, de sus inclinaciones perversas y de su mala educación — causa principal de aquella falta de moral escrupulosa, o por mejor decir, de disciplina moral y estas inclinaciones — pagan de mala manera los beneficios que reciben.

Si Marta hubiera pensado un momento en esto, de seguro que su excesiva benevolencia para su hijo, se habría convertido en severidad, sin mengua para su amor de madre, porque no es mejor madre la que más cosas consiente a sus hijos, sino la que procura pacientemente corregir sus defectos y despertar y encauzar sus virtudes, pues nativamente nadie es bueno ni malo por completo, sino que el ser humano tiene un compuesto de buenas y malas pasiones. La cuestión está en domar las malas y en dar suelta a las buenas, purificándolas cada vez más.

Cuando se disponía a salir en compañía de su hijo, llegó Rosita, y el joven, olvidando el deseo de su buena madre, la invitó a dar un paseo en coche, lanzándose a todo gas sin preocuparse del desencanto sufrido por su madre, que antes de retirar el pañuelo que agitaba despidiendo a los que se alejaban, no pudo por menos que esconder en él algunas lágrimas de amarga desilusión.

Lejos ya del bullicio ciudadano, la umbría de un hermoso bosque atrajo a los ocupantes del auto, y allí, entre los trinos de los pájaros y el perfume de las flores, Jorgito deslizo al oído de su compañera la confesión de un amor por ambos sentido desde que eran muy niños.

Música que encerrara todas las armonías le parecían a Rosita aquellas primeras frases de amor, que susurran y dulces llamaron a las puertas de su corazón para poner en él una vana ilusión. Sabía Dios lo que hubiese durado aquel idilio, si las sombras de la noche no hubiesen llegado a darles cuenta del tiempo transcurrido.

Para ganar el tiempo perdido, emprendió Jorgito loca carrera con dirección a su hogar, siendo detenido por el agente de tráfico, que le impuso una multa crecida, recomendando al mismo tiempo su arresto.

Cuando llegaron a su casa Rosita y Jorgito, hacía mucho tiempo que le esperaban sus amigos, los cuales, al ver a la muchacha, comprendieron la causa de la tardanza, y felicitaron al muchacho.

Uno de sus amigos le sacó del bolsillo la papeleta de multa, y ello fue causa de que se desbordara el entusiasmo de los circunstantes.

Roberto intervino con severidad para hacer saber a su hijo que antes de dar un centavo, consentiría muy gustoso en verlo en la cárcel. Pero allí estaba su madre dispuesta a pagar cuanto fuera necesario para responder de las locuras de su hijo.

V

Días más tarde, en el «Gato Negro», dancing de moda al que acudía la juventud alegre y disoluta en busca de diversiones escandalosas y orgiásticas, Rosita y Jorgito se entregaban a las delicias del baile exótico, a base de movimientos epilépticos y de pintorescas acrobacias, alternando éste con copiosas libaciones alcohólicas.

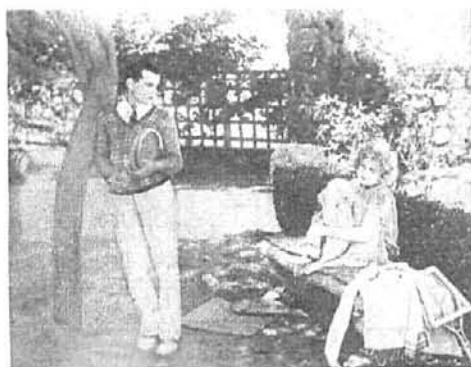
Como se ve, en las imaginaciones de Marta, su hijo Jorgito y Rosita, la encantadora amiga del muchacho, rodaban vertiginosamente por la rampa del vicio. Pero sigamos la pesadilla de Marta.

Unos amigos de Ricardo Helt, que estaban en el «Gato Negro», reconocieron a Rosita, telefonicando acto seguido a su padre para informarle de lo que ocurría.

El pobre mártir del matrimonio, resistiéndose a creer que su adorada Rosita fuese capaz de comportarse como una mujercuela, decía por teléfono:

—¿Pero estáis seguros de que es mi hija?

—Es que hay caras que se parecen de un modo extraordinario. Yo no niego que la de esa joven que está



ahí sea exactamente igual a la de Rosita; pero aunque se parezca tanto a ella en lo físico, en lo moral no puede parecerse nada. ¡Mi hijo no es de esas!

—¿Ahí, ¿la acompaña Jorge? Entonces es una coincidencia más. Voy en seguida a ese maldito «Gato Negro» a comprobarlo.

Ricardo se apartó del teléfono lleno de inquietud y de angustia. Había intentado engañarse a sí mismo, pero no lo logró. Por el contrario, estaba convencido de que aquella muchacha del «Gato Negro» era su hija, que resultaba la segunda edición de su madre, corregida y aumentada, pues Aurora no se atrevió nunca a llegar tan lejos como Rosita.

Ricardo se plantó en dos saltos en casa de sus vecinos para enterarse de la grave calaverada que estaban cometiendo Jorgito y Rosita. Roberto no se encontraba en su casa en aquel momento, pero si Marta, su esposa, a la que entró Ricardo tan rápidamente como las circunstancias lo requerían.

—¿Quiere usted sorprender al sinvergüenza de su hijo en el «Gato Negro»?

—Por Dios, amigo Ricardo, un mozo como es él, no se denigra por ir a un dancing con sus amigos — replicó Marta, siempre benévola al juzgar los actos de su vástago.

Ricardo concretó:

—Pero si se porta como un canalla cuando arrastra en sus juergas un nombre tan respetable como el mío.

—¿Qué dice usted?

—Que Jorgito ha llevado allí engañada a mi hija, que no me negará usted que hasta ahora ha sido una joven inocente y pura — afirmó Ricardo.

—No es posible! — exclamó Marta muy alarmada.

—Acompañame usted y lo verá.

En un momento se arregló Marta, y poco después se presentaba en el dancing acompañada de Ricardo.

El espectáculo que se ofreció a su vista los abochornó. Ambos jóvenes, velada la razón por el alcohol, habían perdido todo recato y se abrazaban y besaban delante de todos los parroquianos del «Gato Negro», sin pudor alguno.

Ricardo, rojo de vergüenza, se adelantó a la escandalosa pareja, y tomando a su hija por la mano, la intimó a que se separara del joven. Pero éste, que a causa de su estado de embriaguez no guardaba respeto a nadie, se insolentó con el padre de su novia y hasta intentó agredirle, con gran asombro e indignación de cuantos presenciaban la escena.

Iba Ricardo a castigar al atrevido mozalbete, cuando sus ojos tropezaron con la mirada suplicante de Marta, deteniendo su ímpetu. Empujó a su hija hacia la calle, y cuando la muchacha estuvo en el interior del automóvil, subió él y puso en marcha el coche, seguido por las maldiciones del furioso Jorgito, que no se resignaba a que le arrebatasen a su novia.

Efectivamente, Jorgito intentó marchar en pos de Rosita, pero su madre lo contuvo. El entonces, lleno de coraje, la arrojó brutalmente a un lado, y subiendo de un salto a su auto, que estaba a la puerta del dancing, tomó el volante y partió veloz tras el coche en que iban Ricardo y su hija, sin hacer caso de las súplicas y lágrimas de Marta, maltratada por él.

En su loca carrera por las calles de la ciudad, Jorgito atropelló a un carro de hortalizas, guiado por un viejo, al que acompañaba su anciana esposa, que a causa del violento choque quedó muerta en el acto.

En un momento se arremolinó la gente que transitaba por la calle alrededor del protagonista y las víctimas de aquel drama, y la policía detuvo a Jorgito, que aún no se daba exacta cuenta del mal que había causado.

Al enterarse Marta de la detención de su hijo, pero no del suceso, creyó que éste había sido arrestado por exceso de velocidad, y se trasladó a la comisaría dispuesta a pagar la multa que le hubieran impuesto. Pero aquella vez el asunto era mucho más grave de lo que la infeliz mujer había pensado. Su hijo, su adorado hijo, a pesar de todo, era ¡un asesino!

Y Marta, acorralada de improviso por la fatalidad, cayó desmayada en brazos del juez.

He aquí el resultado de la vida licenciosa y libertina de Jorgito, y adónde lo condujo el alcohol.

VI

Durante varias semanas, que fueron para la infeliz Marta de mortal angustia, fue substanciándose el proceso seguido contra Jorge, hasta que por fin llegó el día de la vista de la causa.

Jorgito llegó aplazado ante sus jueces. Su madre asistió a la vista con el corazón rebosante de angustia y con el rostro pálido como el de una muerta.

El informe del abogado defensor fue brillantísimo.

Aseguró en él que la culpa de sucesos como el que había conducido a su defendido al banquillo de los acusados, no era del autor inconsciente del hecho, sino de la sociedad que no vela por la moral pública y permite que funcionen de un modo descarado *dancings* y *cabarets*. Dijo también que parte de la responsabilidad alcanzaba a Ricardo Helt por haber separado violentamente a su hija del novio de ésta, y no por la persuasión para no dar lugar a que al acusado lo cegara la rabia.

El informe del abogado defensor convenció bastante al público, que llenaba la sala, pero no a los jueces. La acusación fiscal fue contundente, decisiva.

—Nunca se han visto tantos jóvenes delincuentes como hoy — decía el representante de la ley—. Y es que en los hogares no se enseña ya a respetar las leyes... Si los padres se dedicaran a enseñar a sus hijos el respeto y acatamiento que se debe a la justicia, las puertas de las cárceles se enmohecerían, y en las ciudades no se alzaría nunca esa cosa siniestra que se llama patíbulo. Y yo, señores jurados, la única culpable, y yo puedo consentir que mi hijo pague las culpas que yo cometi.

—Usted no puede tomar sobre sí el castigo impuesto a su hijo. Todas las madres harían lo mismo — habló el presidente.

Y la infeliz Marta, al ver fallidas todas sus esperanzas, agotadas sus fuerzas, rodó al suelo con el corazón destrozado.

VII

Un grito penetrante, lanzado desde la calle por unos vendedores ambulantes, hizo que Marta despertase de su horrible pesadilla.

Salió rápidamente a la ventana, y vió a la vendedora ambulante, objeto de su sueño, acompañada de su viejo esposo.

Aún no quería creer que fuese un sueño aquella pesadilla que con tan brutal realidad había vivido en su cerebro durante unos instantes, que pesaban tanto como una vida.

En aquel momento entraba en el salón su marido, escuchando a Jorgito, que le decía:

—Mamá me ha dicho que ya no volveré más a la escuela de párvulos.

Lo decía jactancioso, como gozándose del triunfo obtenido anteriormente sobre la voluntad paterna, auxiliado por el cariño sin límites de su mamá.

Por la mente aun impresionada de Marta, desfilando fueron rápida y tenazmente las dolorosas escenas de la pesadilla, como indicándole el porvenir negro que esperaba a su hijo si ella continuaba, con su indulgencia, oponiéndose a que su padre le educase y le hiciese caminar por la senda del bien y la honradez.

Fue entonces cuando cogiendo otra vez el zapato que contemplaba y acariciaba antes de dormirse, y cogiendo a su hijo y colocándole sobre ella, le propinó con el mismo zapato una soberana paliza en lo más carnoso del aparato posterior.

Al oír los estridentes gritos que daba su hijo, y suponiendo que alguna nueva barbaridad había cometido el angelito, comparció en el salón de su esposa, Roberto, que no acertaba a salir de su asombro al ver la soberana paliza que le estaba propinando Marta a su hijo, al par que le decía energicamente:

—Hoy mismo volverás a la escuela de párvulos a pedir perdón a tus profesores, y en lo sucesivo no te perdonaré ninguna de tus estúpidas tonterías...

Aquellos sonoros azotes, tan de buena manera administrados, reconciliaron a los buenos esposos, que comprendiéndose más y mejor, serían en lo sucesivo espléndidamente felices, pues contaban en su abono con un cariño cierto y verdadero, a la par que de una envidiable posición que les tenía a cubierto de todo trastorno económico, y les permitía poner todos los medios para la más perfecta educación de su querido hijo.

EPÍLOGO

Aquí termina la novela. Dejemos ahora hablar a la madre que habló en un principio:

—Madres de todo el mundo. Ya véis que esto no ha llegado a ser un drama... El niño de Marta es el niño de hoy día: de sus faltas somos responsables ante Dios... Que la semilla del ejemplo fructifique y se convierta en raudal de bienaventuranzas para vosotras y para vuestros hijos.

FIN



Este número ha sido
visado por la censura

Popular Film

© Biblioteca Nacional de España